

# **Noche de bodas**

**Jesús Campos García**

*Se adelanta al proscenio y permanece en silencio. Cuando al fin habla, lo hace con dificultad, muy a pesar suyo, lo que contrasta con el fulgor que irradia al evocar las palabras de la camarera.*

## **JOSEFINA**

Cuando la camarera entró en la habitación, dijo sorprendida: “¡Santo Cielo!, ¿qué ha pasado aquí?”. Luego, al ver el traje de novia tirado a los pies de la cama, se echó a reír y, según lo recogía, añadió: “Qué maravilla, ¿no?”. Pero yo no supe qué contestar, porque no podía entender a qué maravilla se refería.

Habíamos roto la cama. Eso se veía nada más entrar. Y no sólo la cama; también el cenicero, la lámpara que había en la mesita y más cosas que ahora no recuerdo. La lucha fue atroz, intensa, despiadada; pero, sobre todo, destructiva.

“Lo que son los hombres. El mío también era así, apasionado. Luego ya, con el tiempo, se les cansa la sangre. Pero al principio, da gloria sentirlos galopar”.

Estaba... brillante. También nerviosa, desasosegada. Se movía sin parar de acá para allá y reía, reía desmadejadamente. Era como si la contemplación del campo de batalla le trajera el recuerdo de sus días de gloria.

“Lo diré en recepción, para que avisen a mantenimiento”. La sola posibilidad de que los carpinteros pudieran añadir un solo comentario más sobre la consumación de mis esponsales fue superior a mí y rompí a reír. Carcajadas necias, fuera de lugar, desencajadas; pero que ella pudo pensar que eran de felicidad.

“Puede estar orgullosa: mire que he visto camas bien deshechas en la noche de bodas, pero como esta, ninguna”.

Qué ternuras, qué abrazos, qué gemidos, qué besos, qué caricias, qué roces, qué pasión, qué deseo no vería ella en las sillas tiradas por el suelo, en la ropa revuelta, en el colchón hundido, en el larguero de la cama roto; qué maravillas no tendría en la cabeza que

sólo se veía a sí misma en su noche de boda, pero no a mí: inmóvil, quieta, muda, arrinconada junto al tocador; rota... como la víctima de un bombardeo.

“¿Él no estará en el baño?”, dijo junto a la puerta, dudando antes de entrar. “No, no está”, fue todo lo que pude decir. Y no estaba. Él ya no estaba allí. Cuando acabó... el combate, se durmió. Y aunque aún no se ha ido del todo, cuando vuelve sobre mí, continúa estando ausente.

Ella sí, ella sí estaba allí. Hablaba, hablaba, hablaba. La camarera hablaba como si su trabajo consistiera en eso, en hablar por los codos. A veces sí, a veces limpiaba, cambiaba las toallas; supongo que trataba de ordenar un poco, pero sólo la recuerdo acariciando los tules de mi traje de novia o mirando extasiada los destrozos de la habitación.

No acierto a entender. Me sorprende... Es curioso, ¿verdad?, pero un olvido inexplicable ha borrado el dolor, la vergüenza, la humillación de aquel terrible día, y en su lugar sólo queda el fulgor de la camarera.

Así es como la recuerdo: revoloteando por la habitación, entre mi realidad y su fantasía, cuando, de repente, poniendo fin a sus palabras, desde la puerta y según salía al corredor, exclamó con ademanes de cantante de ópera: “¡Ah, el amor!”. Y tampoco supe qué contestar, por no saber a qué se refería.